

DESDE el pasado día 8, la voz de Marlon Brando, Liv Ullmann, Glenda Jackson, Jane Fonda y Robin Trips, entre otros, está en huelga. Si no se remedia, todas estas personas tendrán que expresarse en su lengua de origen o, en el caso de televisión, deberán ser dobladas en el espantoso castellano de Puerto Rico. Razones: los hombres y mujeres que prestan su palabra se han cansado, definitivamente, de sufrir una de las peores explotaciones padecidas por los profesionales de este país.

La profesión de actor de doblaje es otra más de las muchas que hay en España con todos los males económicos, culturales y sociales encima, y que, sin embargo, arrastra un vago prestigio entre los que miran de lejos. Es éste un país en donde los poetas no pueden vivir de hacer versos, ni los novelistas de hacer literatura, ni la mayoría de los periodistas y de los actores de ejercer sus profesiones. Al final, hay que aceptar un trabajo en la burocracia estatal o en la empresa privada y dedicar las pocas horas libres a la cultura. En otro caso, sólo queda la leyenda del poeta muerto de hambre en la buhardilla y el actor raído refugiado en un cuarto de pensión que no paga.

Engullidos, manipulados, zarrandeados por la industria del cine y la televisión, los actores de doblaje son el eslabón más débil, por indefenso, de la gran cadena. Sin contratos fijos, deben esperar a ser llamados por los estudios y aceptar lo que les pagan, porque no tienen otro remedio. Si alguno protesta es inmediatamente tachado de todas las listas y se le deja de llamar. Claro está que no tienen Seguridad Social de ninguna clase y apenas un montepío concede magras pensiones a viudas y jubilados. Este año, por ejemplo, falleció el actor Vicente Bañó, cuya voz era la de Ironside y Kojak, entre otros, y que había trabajado veinte años con la misma empresa. Cuando murió su viuda quedó con una pensión de 11.000 pesetas.

Este tipo de detalles miserables se repite una y otra vez. La actriz Conchita Núñez, contratada hace ocho años, cobra mensualmente 32.000 pesetas; Marisa Marco y Luis Varela, que doblan a los protagonistas de "El nido de Robin", cobran, respecti-



"Familia": un doblaje espantoso, estilo Puerto Rico, obligado por la huelga de actores españoles.

HUELGA DEL DOBLAJE

La explotación de la palabra

vamente, 2.460 y 7.790 por capítulo. Manuel García, que dobló a Christopher Reeve, protagonista de "Superman", recibió 31.000 pesetas por toda la película. Héctor Cantolla, la voz de Marlon Brando en la misma cinta, cobró 6.200 pesetas. Se calcula que "Superman" costó a las distribuidoras por el doblaje por lo menos 800.000 pesetas.

El porqué de esta asombrosa plusvalía no sólo tiene motivos de prepotencia empresarial, sino que está basada en la misma base de viejos convenios leoninos para el capital. Según éstos, la convocatoria de un doblador se valora en 2.250 pesetas y cobran 180 por escena ("take") doblada. Sin embargo, sólo son abonados hasta 35 "takes", y a partir de los cuales no se percibe ya nada. Al ser, legalmente, la jornada de seis horas y media, el interés de las empresas de doblaje está en conseguir 70 y hasta 100 "takes" en este tiempo, dejando sin pagar todos los que excedan de 35. Los actores se lamentan de que, aparte del abuso que esto supone, se está llegando a límites increíbles de mala calidad en el

doblaje por la obligación de cubrir este desesperado "maratón" de palabras. No han faltado casos, tampoco, de actores a los que se ha obligado a doblar tres o más personajes de una película, sobre todo en papeles cortos que podían liquidarse en una sola jornada.

Televisión tardó tiempo en pasar por el aro del doblaje en buen castellano. Durante una larga etapa de su enjundiosa historia, recurrió a los doblajes en el llamado "castellano neutro", es decir, el que se hace en Puerto Rico y México a instancias de las multinacionales americanas. Todos los españoles lo conocen bien: es el de "qué bueno que viniste" y "luces divina". Si alguno no lo recuerda, habrá tenido un buen "remake" en el último "Grandes relatos", "Familia", el cual además de ultraconservador en su argumento, venía con el doblaje mencionado, precisamente por la huelga de actores a que nos referimos. Como curiosidad, citamos algunas frases de su primer episodio, en el que se dijeron cosas tan pintorescas como:

"Me fui de pinta..."

"¿De cuál te fuiste de pinta?"
"Vayamos ahora por las malteadas".

"¿Qué importa un diente chueco junto a todo lo demás!"

"... y luzca bonita y entre en juego..."

"¡Una niña de diez años conduciendo un hábil café del 74!"

"Para aumentar tu ego con una recordadita..."

En fin, el conflicto laboral, el desprecio hacia unos profesionales mal pagados, se convierte en un conflicto de colonialismo cultural que si ya era grave por las situaciones y argumentos de los telefilms, pasa a ser alucinante cuando nos roban, además, el lenguaje. Televisión dobló buena parte de sus espacios filmados en los últimos años, pero hoy por hoy no parece dispuesta a mover un dedo en favor de las personas que han conseguido proporcionar un cierto nivel de dignidad cultural a sus programas. Prefieren guardar silencio de las reivindicaciones y el paro, y volver a sus viejas mañas. Por si fuera poco, hay casos de venta de espacios televisivos a compañías privadas, como, por ejemplo, cuando la serie "Heidi" se vendió a la RCA y los actores de doblaje sólo cobraron su primer trabajo. Los discos que la RCA hizo para toda América Latina llevaron las voces de estos profesionales que percibieron los cuatro cuartos de rigor por hacerle el trabajo a Televisión Española.

Los actores de doblaje tienen, naturalmente, una tabla de peticiones de tipo económico y laboral, pero parecen aún más preocupados por el deterioro que sufren su profesión y la calidad de su trabajo. El desahogado afán de conseguir plusvalías por parte de ciertas empresas de doblaje (uno de los pocos sectores que no está en crisis, sino con beneficios apreciables) está deshumanizando una labor de capital importancia si tenemos en cuenta la penetración y la difusión de la televisión y el cine extranjero sumados. Si los convenios anteriores terminaron siempre con un laudo del Ministerio de Trabajo, los responsables de Cultura tienen aquí una buena ocasión de preocuparse. Como sucede por lo general, el abandono de unos trabajadores repercute en la calidad de su trabajo. Y, en esta ocasión, su labor nos concierne a todos. Esa es la cuestión. ■ RAMIRO CRISTOBAL.